Rojo y Blanco

SEMANARIO ILUSTRADO

REDACTORES
JUAN C. MORATORIO
B. FERNÁNDEZ Y MEDINA

ADMINISTRACIÓN:
ANDES, 70
DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
ANDES, 70

FUNDADOR
SAMUEL BLIXÉN

Año IV — MONTEVIDEO, ENERO 10 DE 1903 — Número 108

Práxedes Mateo Sagasta

† El día 5 del actual en Madrid

Había nacido en Logroño el 21 de julio de 1827. Muere pues á los 75 años de edad después de una vida de lucha política, gozando del respeto y la estimación de todos, al muy poquísimo tiempo de dejar el gobierno que por última vez había de presidir.

Era don Práxedes Mateo Sagasta, todo un carácter y todo un talento. Dedicado á estudiar las ciencias exactas (de cuya academia llegó á ser individuo numerario), terminó su carrera de ingeniero, la que abandonó muy luego para dedicarse por entero á las tareas del periodismo y la política, alcanzando en las primeras gran renombre, cuando redactó *La Iberia*, órgano de los *progresistas* en el año 1854 y en las segundas el puesto más elevado á que se puede aspirar.

Empezó por ser diputado á Cortes en el año 1854, y desde esa fecha militando siempre en las mismas filas partidarias, fué varias veces diputado y ocupó todas las carteras del gobierno, menos la de Ultramar, cuando aun existía ese ministerio.

Revolucionario muchas veces, conspirador reincidente fué condenado á muerte, cuando la insurrección de los sargentos de artillería en 1866. Pudo huir á Francia desde donde ayudado por Prim, continuó tramando conspiraciones, hasta que la última 1868, lo llevó de nuevo á formar parte del gobierno. Sagasta votó á Amadeo 1.° para rey de España y bajo su gobierno se realizó la guerra Hispano-Americana que dió por resultado para la madre patria la pérdida de sus últimas posesiones en América. La jefatura del partido liberal, hizo de él el político obligado para oponerse al partido conservador que tenía por jefe á un político no menos sagaz como lo era don Antonio Cánovas del Castillo.



PRÁXEDES MATEO SAGASTA

A Sagasta se le atribuye el desastre de la última guerra, como si pudiera ser Sagasta, responsable de la mala política que viene siguiendo España desde las postrimerías del Siglo XVIII! Lo de Cuba no fué culpa de Sagasta; era un hecho que por ley natural, fatalmente tenía que suceder. *Estaba escrito*, como dirían los mahometanos.

Tuvo sus errores como todos los hombres, algunos gravísimos, (el los reconocía, lo que ya es un mérito) y tuvo también frases, para apostrofar á los gobiernos inconsecuentes, como estas que copio á la letra:

«Los que vienen al gobierno á plantear lo contrario de lo que dijeron en la oposición; los gobiernos que vienen á plantear lo mismo que en la oposición combatieron, esos olvidan sus compromisos, faltan á su palabra, reniegan de su historia, defraudan las esperanzas del país y engañan al trono!»

Tal era pintado á grandes rasgos, el hombre que acaba de perder España.

No hace muchos días, en un plebiscito, hecho por la revista ilustrada de Madrid *Blanco y Negro*, el pueblo lo proclamaba el mejor político de España. Será esa la última compensación, á sus muchos sinsabores, que habrá llevado el grande hombre á la tumba.

Queda ahora en acefalía la jefatura del poderoso partido liberal en España. Dos son los candidatos más significados: Canalejas y Weyler.

Esto es suponiendo, (como sucederá) que no se improvisen pretendidos jefes, pues en España — como aquí, — son muchas las ambiciones, por algo tiene nuestra política tantos puntos de contacto con aquella.

¿Permanecerá unido, fuerte y compacto, el partido liberal ó pasará con él lo que con el conservador á la muerte de Cánovas del Castillo, que se disgregó?

El tiempo lo dirá.

Para Alfonso XIII, el actual rey, representa la muerte de Sagasta una pérdida irreparable, pues el ilustre muerto, quería al joven rey con singular cariño, y casi puede decirse que fué su maestro en política.

E. Q.

Año nuevo presidencial

El señor Cuestas, nuestro presidente, es poco amigo de la fotografía y no se ha dado el caso, desde que se halla en el poder, de que haya podido penetrar una maquinita á una sola de sus fiestas. Inútiles serán todas las tentativas en ese sentido... Parece como que una inocente instantánea tuviera para S. E. las apariencias de mortífera ó infernal máquina anarquista. El caso es que no pudiendo penetrar á su casa, los aficionados apelan los días de fiesta al recurso de la calle y así, en el 1.º de año, apostados á conveniente distancia, pudo uno de tantos tomar los dos grupos de visitantes que ofrecemos. No fué posible tomar más: los agentes policiales echaron el ojo á la máquina, y el aficionado juzgó prudentísimo seguir su viaje para evitar á la inocente un decomiso ó un registro que llegara á comprobar su único uso .. He ahí, pues, todo el *año nuevo presidencial que podemos presentar á ustedes.*



VISITANTES



VISITANTES

Montevideo sin carne

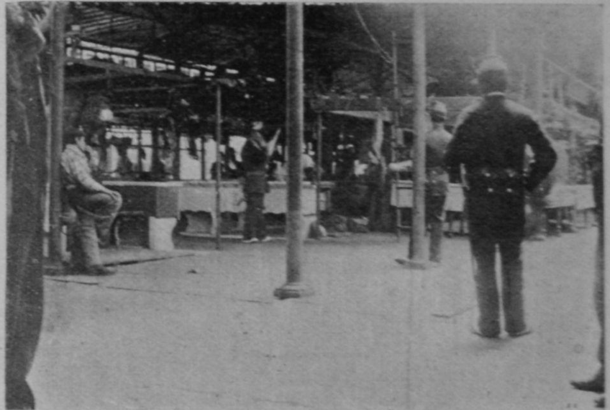
Durante la huelga

Al aparecer este número de Rojo y Blanco ha cesado la huelga de carniceros que ha puesto á Montevideo en serios aprietos y ha obligado á la Municipalidad á lo que los criollos llaman «una aflojada». Los lectores han de conocer sin duda alguna, las causas del conflicto surgido entre la Junta y los carniceros: un capricho, casi puede decirse. Antojósele un día á la primera impedir la introducción del sebo de tripa—perdónennos el tema las bellas lectoras—como antes habíasele antojado intervenir en la operación de soplar las terneras y en otros más inherentes á la población.

Los carniceros, que son muchos, y que creyeron que se les hería en sus intereses injustificadamente, desde que no aceptaban las razones de higiene invocadas por la Junta—reuniéronse de repente y dijeron: nos plantamos, y se plantaron en efecto, plantando en primer término á la población que de buenas á primeras se encontró sin carne, á pesar de las tentativas municipales por salvar la dificultad.

Les parecía bien todo lo hecho por la Junta hasta entonces, pero no consentirían jamás en lo del sebo de tripa, eso no. Decretada la huelga, el Mercado Central fué convertido por la Junta en campo de operaciones donde los empleados de la administración á las órdenes del señor Julio H. Pérez desplegaron durante cuatro días la mas encomiable actividad. No obstante sus meritorios esfuerzos, hay que confesar que la situación para la Junta era insostenible, ni más ni menos que para la población que ya en el cuarto día se presentó un tanto amenazadora en los puestos y preparada como para un asalto en caso de que faltara la carne. El reparto se hacía por gente desde luego poco práctica en forma irregular é imposible y las arcas municipales empezaron á resentirse del desbarajuste á que habíase llegado. En esta emergencia surgió lo que todos habian previsto —todos menos la Junta probablemente:—la intervención del Presidente de la República.

Y dijo S. E.:—«háganse las paces». Y las paces se hicieron. Y la Junta aflojó. Y los carniceros volvieron á sus puestos. Y la población tuvo carne. Y los huelguistas recuperaron sus derechos al sebo de tripa... Es de advertir que durante los cuatro días de huelga se observó por los interesados una conducta digna, no dando lugar á la intervención de la policía cuya vigilancia en el Mercado Central estuvo á



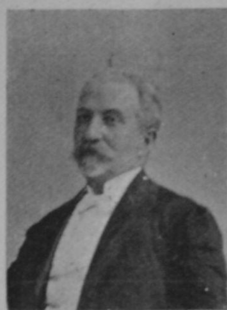
PUESTOS CUSTODIADOS POR LA POLICÍA



VENTA EN EL PUESTO MUNICIPAL



JULIO H. PÉREZ



HERMINIO ARECO



FRANCISCO THOMÁS



UNA CALLE DEL MERCADO EL DÍA DE LA HUELGA



LAS RESES

ordenes del activo comisario e la 2.ª sección señor Gadea. Es también acto de justicia reconocer que el director de abasto y tablada señor Herminio Areco, que presentó renuncia de su puesto no era partidario de la resolución prohibitiva adoptada por la Junta; y que los señores Julio H. Pérez, administrador del Mercado, su oficial 1.º don Francisco Thomás y otros empleados entre los que descolló incesantemente por su actividad el señor Clodomiro Vázquez, pusieron de su parte la más decidida voluntad por satisfacer las exigencias de la población dentro de sus facultades. Terminado el conflicto, es grato tributar así justicia distributiva.

Es de esperarse que no vuelva á producirse otro acontecimiento de esta índole, cuando se trate de artículos de primera necesidad para la población, pues en el pasado se evidenció bien claramente el mal que se produjo á la gente pobre, que tiene medidos sus recursos y á la que un trastorno así dejó casi sin comer. La rigurosidad municipal no debe llegar nunca á perjudicar al pueblo y por el contrario debe preveerse todo y tomarse las medidas necesarias para evitarle hasta una incomodidad.



HUELGUISTAS CONDUCIDOS Á LA COMISARÍA



UNA CALLE DEL MERCADO



BUSCANDO CARNE

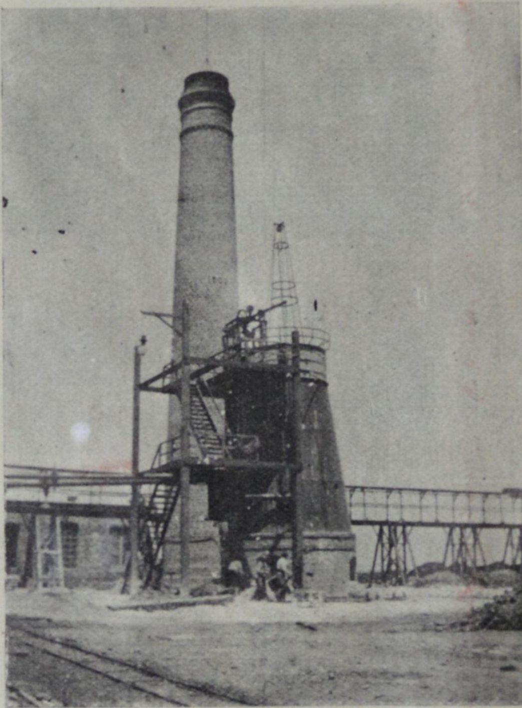
Fiestas de la industria

El ingenio en «La Sierra»

Un crecido número de legisladores, personas del comercio, la banca, miembros de la prensa y otros invitados expresamente, hicieron el martes un paseo á la estación La Sierra, en tren expreso, con objeto de visitar el gran establecimiento azucarero que han establecido allí los señores Giraud y C.ª. Anteriormente tuvimos oportunidad de anticipar notas gráficas de ese gran establecimiento destinado á enriquecer la zona Este de la República, tan rica como poco explotada. No hablemos del viaje; estamos en La Sierra, estamos en la gran fábrica donde con especialísimo interés contemplan los excursionistas cómo se hace el azúcar desde que se arroja la remolacha á los baños de limpieza hasta que convertida en blanco y fino polvo aparece en las bolsas que, apiñadas, llenan los altos del depósito general.



VISTA GENERAL DE LA FÁBRICA



CHIMENEA DE LA FÁBRICA

Aunque interesante, sería largo entrar aquí en detalles que resultan pesados á varios días de la excursión y cuando ya los diarios se han explayado en extensas explicaciones.

La fábrica, cuyas instalaciones completísimas están todas alumbradas á luz eléctrica y ocupan los valiosos campos que fueron de don Norberto Acosta, ha venido á dar á la estación La Sierra una animación inusitada, pues emplea actualmente unos 600 obreros, en su gran mayoría orientales, y consume diariamente 30 toneladas de carbón, pues mientras dura la cosecha de remolacha no puede parar en su labor.

La cosecha del bienio 1903-1904 será de dos millones de kilos de azúcar que se duplicarán sucesivamente cada bienio. Debe además tenerse presente que la plantación actual de remolacha se va á aumentar para satisfacer las necesidades de la fábrica, pues el pedido de azúcar al representante aquí, señor Machó, es ya numeroso. De ahí que el señor Giraud se presente, de un momento á otro, al Gobierno pidiendo autorización para traer 500 familias belgas que se radicarán aquí y destinadas exclusivamente á la agricultura.

Más de una hora duró la visita á la fábrica, esparciéndose luego la concurrencia por las diferentes dependencias de ella, como ser los talleres de herrería, talabartería, carpintería, etc., y contemplar el gran número de arados que estaban amontonados á un costado de los galpones, pues todavía no están terminados los locales en que se colocarán para su resguardo. El gran horno de cal, último sistema, único en el país y destinado á la fabricación de la cal para la carbruntación del azúcar, fué materia de minuciosa visita.

La impresión general en los visitantes fué excelente y de augurios favorabilísimos para la industria y la riqueza de la importante zona en que ha sido implantada.

El regreso fué rápido, haciéndose en él comentarios sobre la necesidad de que continúen instalándose en el país establecimientos de esta índole.



TOMANDO EL TREN

Nuestros ediles

Doctor Juan L. Heguy



—No podré nunca darme cuenta del por qué el sebo de tripa puede provocar una huelga!

El Siete

Yo no sé si á otro antes que á mí se le ha ocurrido pensar en lo útil que es el siete, las muchas aplicaciones que tiene y las diversas veces que se encuentra usado, en las distintas cosas de la vida.

Empezaremos por recordar, que *siete* fueron los sueños de un *Faraón*,—no recuerdo cuál de ellos,—y como consecuencia, fueron *siete* las plagas de Egipto. *Siete* fueron los grandes sabios de Grecia; *siete* los famosos bandidos que se llamaron los «Siete niños de Écija». *Siete* las partidas de Alfonso el Sabio, *siete* los dolores de la Santísima Virgen; *siete* las palabras del Señor; *siete* son los Sacramentos de la Santa Madre Iglesia; *siete* son las obras de misericordia corporales y *siete* son las espirituales; *siete* son los pecados capitales; *siete* las virtudes; *siete* meses del año traen 31 días.

Siete son las notas musicales, con las que se han hecho hermosísimas partituras; *siete* son las claves en la música; *siete* las figuras de la misma; *siete* son los días de la semana y aun cuando se dice que el mundo se hizo en seis días, contado con que Dios salió con un domingo siete para descansar, en *siete* días se hizo el mundo.

Siete fueron los eternos durmientes, por eso se dice de quien mucho duerme, que es peor que los siete durmientes; *siete* son los Borbones que han venido reinando en España desde la exaltación al trono de Felipe V, á quien le sucede Carlos III, luego á éste Fernando VII, seguido de Isabel II para entrar después Alfonso XII, que tiene en la actualidad por sucesor á Alfonso XIII.

Siete días dió Colón de plazo á sus tripulantes amotinados, para hallar tierra, cuando venía á descubrir á América, y un horroroso temporal de siete días, sufrió Hernán Cortés cuando iba á conquistar á Méjico, antes de arribar á puerto. Entre las constelaciones, existen los *siete cabritos*; *siete*, lleva por número de orden, el mandamiento que *más* se infringe; *siete* era Carlos María de los Dolores Borbón, último pretendiente al trono de España, que provocó la última guerra civil que duró del año 1872 al 1876. *Siete* era el rey Fernando, bajo cuyo reinado se emancipó la América del Sur, siendo *siete* las repúblicas á que contribuyeron á dar independencia directa, ó indirectamente, San Martín, Bolívar y Belgrano.

En el año *siete* del siglo pasado, se produjo la invasión inglesa á los territorios del Plata. A los *siete* meses *se nace* (me expreso así para no entrar en una disertación científica que no es de la índole de una revista. Creo que me entenderán). Á los *siete* años empieza el primer período de la humanidad y *siete* horas de sueño aconsejan los higienistas (por más que muy pocos somos los que le llevamos el apunte).

Siete son las maravillas del mundo; *siete*, llaman los herreros á un útil que lleva esa forma; *siete* camisas, llaman en Chile á una planta; *siete* aguas, se llama un río de Valencia; *siete* cabos, un promontorio de Argel; *siete* casas, á un poblado de Alicante; *siete* hermanos, á unos islotes adyacentes á la costa de Santo Domingo; *siete* Iglesias (sin alusión al diputado de este patronímico), se llama un partido judicial de Valladolid; *siete* años duró la guerra de sucesión en Austria (1741-48); *siete* años duró la guerra general europea (1756-63), y *siete* años duró la primer guerra que sostuvieron en España carlistas y liberales (1833-40).

Por último, entre otras muchas aplicaciones del *siete*, de que no tengo memoria, están el *siete bello* (de oros) en el juego de «La Escoba», que es la carta que más vale; el refrán que para demostrar el mérito ó valor excesivo de una cosa ó persona, dice: *Vale más que siete*, y el *siete*, al que no creo que nadie, sea del sexo que sea, se haya sustraído en este mundo: vale decir, el rasgón angular que se produce uno en las prendas de vestir, y que vulgarmente se conoce por *un siete*. Conociendo algunas de las múltiples formas en que se aplica el *siete*, que á veces llega á ser hasta un número fatídico, conviene que les recomiende, mucho cuidado con el *siete*.

ENRIQUE QUEIROLO.

Brasileñas.—Ecos de un banquete

El doctor Manuel María del Castillo, distinguido y apreciado caballero residente en la capital fluminense donde ejerce el cargo de cónsul del Paraguay acaba de ser objeto de una elocuente manifestación por parte de sus amigos que le obsequiaron con un gran banquete en el Hotel de Extrangeros de Rio Janeiro. Digamos en primer término que la fotografía que reproducimos fué tomada antes de sentarse á la mesa, mientras se esperaba el completo de los comensales, en el jardín del mismo hotel.

Faltan en ella muchas personas de valía que tomaron parte en la fiesta, como el general Teixeira Junior, jefe del arma de artillería, el almirante Justino Proença, jefe del Estado Mayor de Marina, el doctor Pablo Frontin, uno de los ingenieros mas conocidos del Brasil, sus no menos esclarecidos colegas los doctores Floresta Miranda, Honorio Hungria, Andrade Pinto y los caballeros F. Flores, D. Pinheiro, Ricardo Torrens, A. Acosta y otros muchos. No corresponde hacer aquí el elogio del caballero que tal distinción mereciera que ella basta por sí sola para dar idea de su valimiento, que hace resaltar aún mas la circunstancia de ocupar el doctor Castillo un elevado puesto en la Municipalidad de Rio Janeiro, conquistado por su competencia y su reconocido talento. Joven aún llegó al Brasil el doctor Castillo siendo estudiante en Rio Janeiro donde obtuvo el título de ingeniero con que fué laureado con aplauso general. Casó en el país vecino con distinguida dama constituyendo con sus hijos un hogar feliz y lleno de alegrías. Goza con toda justicia de grandes simpatías y cultiva relaciones de amistad con los mas distinguidos centros sociales. Es, con tales adornos, un paraguayo que hace honor á su país, que puede vanagloriarse de estar representado en Río con toda distinción.



Sentados, de izquierda á derecha: Capitán de fragata Francisco José Vieira, Capitán-teniente é ingeniero Raja Gabaglia, doctor Ricardo Brugada, Encargado de Negocios del Paraguay; ingeniero Manuel María del Castillo, Cónsul General del Paraguay, ingeniero Teófilo de Almeida, ingeniero José A. de Lima, periodista Cassio Farinha.—Segunda fila ídem: Doctor Xavier Pinheiro, de la *Tribuna;* Duraens Pacheco, doctor Moraes Junior, Leopoldo Flecha, Canciller del Consulado del Paraguay, A. Lima, del *Diario;* Aurelio Camara, Capitán-teniente Delfin Pereira, G. Lacerda, de *O Paiz;* José Arce.—Tercera fila ídem: Santos Vargas, Teniente de artillería Teixeira Junior, E. Sá Freire, Jacobo Wagner, Teniente de marina Arlindo Luz, Soeiro Guarany, Ricardo Ramos, 1.° Teniente de marina Cándido Dortas.

Para dar idea más exacta de la fiesta nos remitiremos al relato que de ella ofreció á sus lectores el importante diario *Jornal do Brasil.* «.... La fiesta—dice—no podía ser más simpática. Al beberse el champagne el doctor Teófilo de Almeida hizo el elogio del obsequiado ofreciéndole el banquete, le siguió el capitan de fragata Francisco J. Vieira que brindó con elocuencia y tomó enseguida la palabra el doctor Brugada que después de producir un bello discurso, dirigiéndose al trofeo de banderas que engalanaba el salón, tomó la bandera del Paraguay para obsequiarlo con ella. Fué muy aplaudido este acto. El periodista Cassio Farinha, brindó en seguida saludando al doctor Castillo y á su distinguida familia; dijo que si aquél tenía el corazón en su querida patria—el Paraguay—también lo tenía en el Brasil, donde había formado su hogar vinculándose á una brasilera distinguida, de cuya santa unión, los hijos, pedazos de su alma, estaban allí para testimoniar cuán grande era su cariño por el Brasil. Luego, tomando la bandera brasilera el caballero Farinha lo obsequió también con ella, lo que dió lugar á que el obsequiado, uniéndola con la paraguaya las besara produciéndose—por el entusiasmo que reinó en aquel momento—algo como una apoteósis. Restablecida la calma el doctor Castillo pronunció un verdadero discurso, diciendo que aquellas evidentes pruebas de amistad demostraban que si algún día hubo en el horizonte una nube que enturbió la fraternidad de los dos pueblos, está hoy demostrado que paraguayos y brasileros se aman mutuamente, porque el humo de las balas mortíferas de parte á parte, habíase disipado para revivir el sentimiento de la fraternidad que debe reunir entre todos los pueblos latino-americanos. Una gran salva de aplausos saludó las últimas frases del orador»....

Un gran proyecto



PROYECTO DE EDIFICACIÓN EN LA PLAZA INDEPENDENCIA

El arquitecto señor Julián Masquelez, ha presentado á la Municipalidad de Montevideo un proyecto de transformación y decoración de los edificios que rodean la Plaza Independencia. Nuestro grabado reproduce el cuadro de que es autor dicho señor. La edificación proyectada obedece á un plan que mantiene la obligación legalmente impuesta de las grandes columnas. Los nuevos edificios—de estilo *Renacimiento* constarían de dos pisos, con techos de pizarra á semejanza de la Plaza del Palacio Real de París que puede considerarse como modelo de este proyecto. Como elemento decorativo, resultan en el proyecto dos entradas á las calles 18 de Julio y Sarandí que formaría á juicio del señor Masquelez «un conjunto monumental». Están además previstos los pasajes que irían á unir la plaza con las calles de San José y Andes y á manera de «puntos de eje» así también los llama el autor, podrían según éste construirse el Palacio Municipal donde ahora se encuentra el de Gobierno y el de Correos donde se halla actualmente el hotel. Tal es, á grandes rasgos el proyecto del señor Masquelez que al suministrarnos estos ligeros informes tuvo, sonriéndose este rasgo de franqueza:—«Es muy posible que ni ustedes ni yo lleguemos á ver esta obra.... «Dejémosla librada al porvenir!»















1. El palco.— 2. *Mail Coach* del barón Peers.— 3. Entrando.— 4. Trozo de palco.—5. En la pelousse.— 6. Los señores Varela Ortiz, Mariano de María y Barón Peers, presenciando la carrera.















7. Caballos que tomaron parte en la internacional.—8. El starter oficial largando la internacional.—9. Llegada.—10. El doctor Beazley.—11. Largada de la internacional.



ABRAZOS AL DUEÑO DE «SAN CARLOS»



FRENTE AL SPORT



«SAN CARLOS», GANADOR DE LA INTERNACIONAL

No hablemos de la resonancia hípica de la gran fiesta del domingo: *San Carlos* el ganador del premio Internacional ha tenido la suerte de verse en letras de molde en ambas orillas del Plata, clasificado en términos elogiosísimos. Bien merecido se lo tiene—dirán los aficionados y nosotros nos guardaremos muy bien de opinar lo contrario. Si se lo mereció, si fué más bien corrido, si es mejor animal, más guapo ó más ligero que sus rivales,—que con su pan se lo coma. Ni quitamos, ni ponemos rey en ese sentido. El hecho positivo, indiscutible, es que *San Carlos* se la ganó y que su propietario recogió las mil emperatrices—como ha dado en llamar á las libras esterlinas uno de nuestros cronistas sportivos.

Se puede y se debe en cambio hablar, á pesar de los días transcurridos, de la hermosa fiesta social á que dió mérito el gran premio. Estaba allí... cuanto hay de elegante, cuanto hay de bello, cuanto hay de chic, de fino, de culto, en Montevideo,—jamás dice un cronista—estuvo el circo como aquella tarde. Nuestras damas, con sus *toilettes* y sus trajes de estación tenían los grandes atractivos de un inmenso grupo de bellezas... ¡Que tarde la del domingo! ¡Cuantas como ella reclama el buen deseo de los que contemplan el cuadro, grandioso si así se quiere, de tanta juventud, tanta hermosura! Y vean ustedes, no queremos pecar de exajerados ni en un ápice siquiera y para ello resolvemos limitarnos á dejar constancia de los nombres de damas y niñas que llenaron las carillas de nuestra cartera. Ustedes dirán después. Comienza el desfile...

Isabel, María y Maclovia Bordaverry, María Balparda, Manuela Suarez Abellá, Margarita Díaz Muñeca, Lola y Sara Caprile, Celia, Ester y Eleno Alvárez, Elena Aradas, Irma y María Avegno, María Teresa y Elvira Barcía, señora Salvañach de Braga, Edelmira, Elena y Nena de Labandera, Herminia Fajardo, Esther y Paula Canfield, María Galeano, María Eugenia San Martín, María Jaume, María Nadal, Mariana y Clara Gómez Cibils, María Carlota Marini, Elena, Emilia y Blanca Pereyra Pintos. María Elena Barreira, Josefina S. González, señoritas de Tezanos, María y Carmen Mayol, Sara Lloveras, Adela, Margarita y Elena Maza, María Eugenia Vaz Ferreira, Josefina y Maruja González, Gloria Vivas Cerantes, Lucía y Beba Minelli, Isabel y Sara Storace, María E. San Martín, señoritas de Real de Azúa, Blanca, Mercedes y Elena Saavedra, Elena y María Elisa Mackinnon, Meca Howard, María Flora Shaw, señoritas de Aguirre, señoritas de Rospide, María Teresa y María Angélica Martinelli, Lola Romero Sara Alicia y María Elena Chucarro, Lola y Zulma Barbot, Blanca, María, Angélica, Ester y Elena Salvañach, Carmen Sienra, Díaz Ramírez de Victorica, De María, Lili Trabucati, Estela, Isabel y Virginia Ballefín, María del Pilar Arteaga Herrera, María Echeverri, Ester Echegaray, Virginia Roustan, señorita de Avila, René, Sienra, Luisa Blanco Acevedo, de De María, Lucrecia y Georgina Berro, Elisa, Matilde y María Elena Rodríguez Arocena, Bilda Martínez, Lola Canessa, Florinda Preve, Delia Portillo, Mela Perey, Georgina Camacho, María Golorons, señoritas de Kumer, Teresa, Julieta y Esperanza Muró, Josefina y Pepita Romeu, Orfelía Rosa Piccardo, Lola, Elina y Chela Brown, Adela Castells, Fanny y Victoria Storace, Regina y Julia Taboada, María, Adela, Josefa y Elena Brito del Pino, Elena Uriarte, Chicha Piera, Sofía y María Mercedes Morales, Alcira, Ernestina y María Muñoz y Maine, Lucinda Martins, de Echeverrito, Chela Matilde y Mercedes Idiarte Borda, Mercedes Capurro, María Aurelia Iriarte Borda, María Elena Cerruti, Flora y María Mercedes Frugoni, Sara, María y Elina Ayala, Elvira y Carmen Buxareo, María Elena Brizuela, de Chioza, Sara y Malvina Urtubey, de Victorica, Ayala, Sofía y María Elena Correa, de Ortiz, Lusich, Puig, Pastori, Larravide, Zorrilla, Llovet, Thisdeiman, Bascuñan y Montes, Acevedo, Costa, Peers, Lezica, Wilson, Vázquez Varela, Msntero, Hebert, Lamarca, Vellozo, Agustini, Piltaluga, Repetto, Luro, Barreto, Quintela, Ramírez, Fajardo, Pacheco, Zumarán, Iriarte Borda (T.), Calamet, Risso, Rousse, Caprario, Olloniego, Paysé, y otras que no recordamos.



Actualidad política



Cuestas.—¡Compañero!... Sujete el *trolley* que va á'escarrilar en la curva!
Etchegaray.—Apure don!... que van atrasaos!

Tu amor

Adoras el temblar de las estrellas
Y el fulgor misterioso de la luna...
Te enamoras de todo... Te deleitan
Los perfumes exóticos, las flores
Más raras y divinas, las pulceras
Que se enroscan al brazo de alabastro
Cual doradas culebras...
Te gustan los collares
Donde lucen las perlas
Más lujosas de Oriente;
Adoras las leyendas
Extrañamente hermosas, las divinas
Canciones voluptuosas, la pereza
Del ritmo de las danzas orientales
Y el brillo de las pieles de pantera!
Adoras los palacios deslumbrantes,
Los tapices de Persia,
Los vasos del Japón, los vinos de oro
Servidos en cristales de Bohemia...
—¡Los vinos que abrillantan las pupilas
Y hacen soñar amores de princesas!—

Yo te he visto á mi lado, en una noche,
Bajo la augusta paz de las tinieblas
Y el parpadear lejano de los astros,
Echar al viento tu sonrisa fresca,
Suave como el murmullo de una fuente,
Dulce como el perfume de las huertas!...
Yo te he visto abarcar, bajo la sombra,
En un amplio ademán, toda la tierra,
Cual si en la calma misma de la noche
Siembras de amor hicieras;
Siembras de amor, de vidas, de esperanzas,
De fe, de dudas, de ilusiones muertas!
Y has dicho que tu amor canta en los mares
Resplandece en el sol, triunfa en las selvas,
En la blanda tibieza de los nidos
Y en el panal de miel de las abejas...
Que florece en los verdes limoneros
Y palpita en los surcos de la tierra
Y en lujo floral de los capullos
Y en los sabrosos frutos de la huerta...
Por eso, entre tus labios he sentido
El sabor de una fruta de palmera,
Y has sido entre mis brazos una esclava
Y has triunfado ante mi como una reina:
Bajo el fulgor de nieve de la luna
Y el lejano temblar de las estrellas!

JUAN M. OLIVER (hijo)

Bibliográfica

«Leyendas Guaraníes»



DR. ORIOL SOLÉ RODRÍGUEZ

He ahí un libro destinado á gran éxito de librería sin embargo de haber sido presentado sin gran réclame aunque vestido con todas las galas primorosas de la imprenta de Dornaleche y Reyes: «Leyendas Guaraníes», de nuestro muy apreciado colaborador el distinguido médico Oriol Solé Rodríguez, que acaba de aparecer, tiene camino hecho por adelantado; es conocido suficientemente su autor en nuestro mundo literario y es conocida la índole de su tarea llena de observación y de pacientes investigaciones llevadas en forma elegante más tarde, al conocimiento del público lector. El doctor Oriol Solé, en ese género, descuella al lado de Américo Aguiar que como él nos ha revelado hermosas leyendas guaraníes, llenas de vigor en la propia sencillez literaria y ajustadas á las creencias populares. En el libro del doctor Solé Rodríguez, que viene, por otra parte, nutrido de ilustraciones apropiadas, figuran entre varias inéditas, otras con los que ROJO Y BLANCO honraba sus páginas hace algún tiempo. Es, pues, autor conocido de nuestros lectores el que tenemos el honor de presentarle hoy y á quien, con nosotros, los que antes de él leyeran, podrán felicitar por la hermosa colección con que viene á enriquecer la literatura nacional. En el prólogo del libro, escrito por Samuel Blixén, se hace resaltar justicieramente la personalidad literaria del distinguido autor de «Leyendas Guaraníes», lo que parece suficiente para evitarnos, por hoy — y mientras llega el momento de emitir verdadadero y detenido juicio crítico, dar mayor extensión á esta nota bibliográfica escrita á simple título de acuse de recibo del elegante libro de que hablamos.

Un niño artista

Está llamando la atención en los centros musicales de Italia un pequeño compatriota nuestro, Miguel Nicastro, toda una precocidad artística que cursó sus primeros estudios entre nosotros bajo la dirección del profesor Miguel Ferroni. Últimamente el aventajado violinista, pues es en el violin donde ha demostrado su cepa artística, obtuvo un franco éxito en la capital napolitana, en un concierto vocal é instrumental dado en el «Instituto Musical» de allí, ante una numerosa como distinguida concurrencia. Al niño Nicastro, que tiene catorce años de edad, le han pronosticado maestros del arte un porvenir halagüeño, por la facilidad con que asimila las más difíciles partituras de música. Esto honra indudablemente á los que le han inculcado los primeros conocimientos aquí, á sus parientes de ésta, y en fin, á sus pequeños compañeros de estudio, que se alegrarán de sus triunfos artísticos por la vieja Europa. Es hijo del profesor de música Miguel Nicastro y sobrino del doctor José Nicastro, radicado entre nosotros.



MIGUEL NICASTRO

Oh, los niños!



BERTA OMELIA CARLEVARO

Al nacer, grandes ilusiones; á la primer sonrisa, gran alborozo; al primer dolor, tristeza inmensa; al primer diente, el gran poema! Después... las grandes decepciones... El niño querido, el lazo del hogar se va.... se apaga su sonrisa, se cierran sus ojos y muere el color de sus cabellos.... y entra entónces la pena en el alma, la pena negra, esa que lo entenebrece todo, esa que tortura y mata! Berta Omelia era un ángel y en el hogar de don Juan Bautista Carlevaro significaba la hermosa niña aquellas ilusiones, aquellas alegrías y aquellos alborozos... Se apagó su sonrisa, se cerraron sus ojos, murió el color de sus cabellos... y al partir — demasiado hermosa para la tierra — parecía llamada por sus hermanos los querubines, que la esperaron con júbilo, abiertos los brazos, de rojo suave los labios.

Luchas inútiles

Feliz al pisar el suelo de la patria, é impaciente por gozar en la sorpresa de seres queridos que indudablemente no aguardaban su regreso, Rodolfo Valles deslizóse entre la multitud que llenaba los muelles, apercibido solamente por tres ó cuatro mozos de cuerda que lo importunaban ofreciéndole sus servicios, aunque mejor lo hacían por hábito que con la esperanza de que el recién llegado se desprendiese de su ligera cartera de viaje.

Dirigióse á una parada próxima y subió á un trenvía. Al atravesar la ciudad vieja, populosa y con innumerables edificios nuevos, observó complacido mucho más movimiento y progreso de los que dejara seis años antes. Admiró después con la satisfacción del que al cabo de larga ausencia vuelve á hallar siempre atrayentes sitios que le son queridos, las calles amplias y ondulantes de la ciudad nueva, flanqueadas por hileras de árboles, cuyas copas reverdecidas se unen como anillos de gigantescas serpientes, dándoles más aspecto de avenidas de un parque que de vías de tránsito edificadas; contemplando esta ornamentación, reflexionaba que presenta la doble ventaja de que al hermosear las calles, lejos de quitar la vista á maravillas arquitectónicas, vela discretamente fachadas por demás primitivas, en las que apenas si las hojas de acanto de un capitel corintio ó unas sencillas volutas jónicas recuerdan que la arquitectura es un arte clásico. Al cruzar la calle Yaguarón, cerrada en su extremo sud por la triple portada del Cementerio Central, descendió rápidamente del trenvía, encaminándose hacia la Necrópolis. Recorrió la galería de entrada, y flanqueando la rotonda se dirigió al segundo cuerpo. Indudablemente pudo haber constatado la existencia de muchos nuevos y hermosos monumentos; pero, mejoras de detalle, semi-ocultas entre el follaje y que poco agregan á la grandiosidad del conjunto, no las apercibió. Hallaba que la hermosura de este sitio está en su originalidad, en su poder sugestivo, en algo inexplicable, que se infiltra en uno posesionándolo de suave melancolía, como si en la ciudad de los muertos se aspirara una reconcentración de esa poesía que emana de la ciudad de los vivos. En esta necrópolis, la idea de la prisión perpetua entre frías paredes de mármol, no aterroriza á nadie, pues las tumbas aparecen en su verdadero carácter de elegantes mansiones depositarias de despojos inútiles, colocadas en el umbral de una eternidad que se revela claramente al espíritu.



Valles siguió lentamente la pared este, leyendo las inscripciones de la fila superior de sepulcros. De pronto se detuvo: había reconocido el nicho donde hacía quince años reposaba la que le diera el sér, á la que quiso dedicar su primera visita. Sólo que en vez de una eran dos las inscripciones de la lápida. Bajo las letras semi-borradas que sabía se referían á su madre, observó otras negras, casi recientes, á cuya vista sintió que el corazón le latía fuerte y dolorosamente. Por entre las lágrimas que pugnaban por saltársele leyó: «Santiago Valles, 15 de Enero de 1891», y anonadado por la triste elocuencia de aquel nombre y aquella fecha, cayó de rodillas sobre el duro pavimento, mientras un sollozo estallaba en su garganta.

Santiago Valles vivía, seis años antes, en una pequeña casa del Reducto, en compañía de su hijo Rodolfo y de Lucía, huérfana, sobrina de su mujer, á quien ésta había criado. Padre é hijo se querían con la ternura propia del supremo lazo de parentesco que los unía. Comunicábanse sus impresiones con la franca cordialidad de dos buenos amigos. Un perfecto acuerdo reinaba siempre entre ellos, pues salvo ciertos entusiasmos recelos consiguientes á sus diversas edades, el carácter de ambos era en un todo igual. Hasta físicamente notábase en ellos la identidad ó mejor dicho, la correlación que pudiera existir entre dos imágenes que reprodujeran al mismo hombre en épocas opuestas de su vida. Parecíanse en la fisonomía, de rasgos viriles y clásicos; en el porte, noble y airoso; en la mirada, en fin, serena y franca. Sólo que el hijo tenía en los ojos claridades entusiastas, destellos que irradiaban sus pupilas cual manifestaciones luminosas de un alma joven, ambiciosa y noble, y erguíase altivo y fuerte, pareciendo desafiar las tempestades de la vida como un eucaliptus inconmovible desafía las de la atmósfera; mientras que el padre, menos vigoroso ya, y sin más luz en la mirada que la moribunda claridad de un crepúsculo que termina, inclinábase ligeramente, vencido por la carga invisible, pero agobiadora, de los años y los sinsabores.

Entre estos dos hombres afectuosos y buenos, deslizábase la vida melancólica de Lucía; melancólica, no porque tuviese penas, sino debido al suave y persistente influjo de aquel ambiente de soledad y natural tristeza en que medraba. Soñadora por temperamento, y ya en la edad en que se producen esos fenómenos preliminares al estallido de las pasiones, procesos inmanentes que cambian el estado psíquico determinando deseos vagos y sensaciones enervantes, habíase vuelto lánguida y silenciosa, permaneciendo horas enteras inmóvil, rendida, absorta constantemente en aquella extraña pero dulce conmoción de su ser. Sin embargo, nada más vacío aún que el cielo de sus ensueños: un cielo color rosa en el que flotaban formas vagas é instables, incapaces de fijar el deseo.

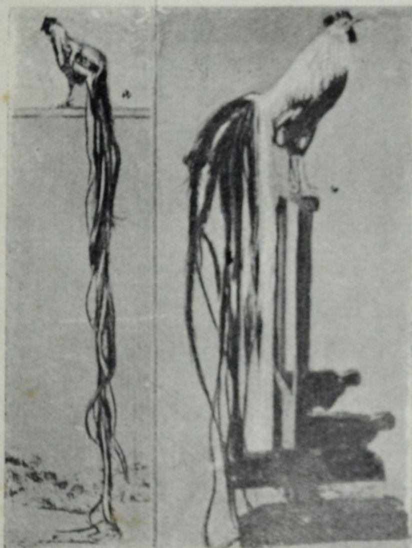
Aunque Rodolfo era poco propenso, por falta de inclinación romántica, á identificar una mujer con un astro para hacerla el sol de la existencia, había reconocido que aquella joven era la más imperiosa necesidad de su vida. Acostumbrado á quererla y mimarla como hermano mayor, pues le llevaba diez años, insensiblemente

absorto, decidióse á alejarse de aquellos sitios, abandonándolos por segunda vez; sólo que antes los había dejado por marchar en pos de la fortuna, lleno el corazón de fe para mantener sus ambiciones, y de esperanza para consolarse en su voluntario destierro; y ahora, herido en sus más caros sentimientos, decepcionado en sus más gratas ilusiones, iniciaba su marcha al porvenir, triste como la noche que se extendía sobre los campos, y desesperando lograr en el mundo la conquista de nuevos afectos.

CAOS.

Curiosidades

En el interior de China algunos ricos propietarios se dedican á un curioso *sport*: el de criar gallos y gallinas con enorme cola. Una hermosa pareja de esos animales fué hallada durante la última guerra en el jardín imperial, y trasportada con toda clase de precauciones á Inglaterra, se luce ahora en uno de los museos londinenses. El gallo tiene una cola de seis pies de largo y de color negro, cabeza y cuerpo cubierto de plumas blancas, patas amarillas y cresta roja. La gallina tiene una verdadera cola de corte, de 12 pies de extensión que continúa creciendo.



EL GALLO Y LA GALLINA DE COLA MÁS LARGA

Se ignora cómo y porque procedimientos los chinos logran obtener tan hermosos animales, pero es de esperar que el método sea conocido muy pronto, de modo que las humildes aves de corral podrán lucir un adorno regio.

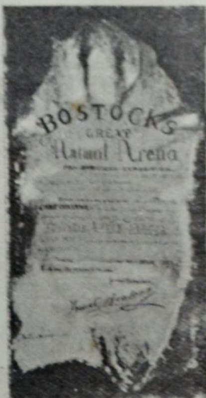
Es de advertir que las dos aves citadas tienen ya algunos años y gozan de perfecta salud y de todo el *confort* de que son dignas.

—El burro es en Méjico uno de los animales más útiles y el que con más frecuencia se emplea en el campo para cierta clase de faenas. Animal fuerte, sufrido y paciente, trabaja con una constancia digna de mejor suerte que la que le depara el mal trato que recibe, y se presta tanto á cargar el bulto más pesado como á jugar con los niños. Nuestro grabado reproduce á un muchacho mejicano que ha vestido á la bestia de una manera muy original y que se ha ataviado él mismo con un traje de su padre. El burro aguanta la broma con una resignación beatífica.



MUCHACHO MEJICANO EN SU BURRO

—El presidente que fué de Estados Unidos, Mr. Mackinley, recibió durante su gobierno muy originales invitaciones, lo que no debe extrañarse dado lo amigo que es á excentricidades el pueblo yankee. Sin embargo, ninguna tan curiosa como la que reproduce nuestro grabado y que fué enviada al presidente por Mr. Frank C. Bostock, director de un circo donde presentaba animales feroces en la Exposición Pan Americana de Buffalo. Fué hecha en una piel de jaguar curtida, que mide diez pies desde la punta de la cola á la cabeza, quemando de una manera especial la parte donde se imprimió la invitación.





INVITACIÓN EN UNA PIEL DE JAGUAR

su afecto fraternal habíase trocado en una pasión grande y profunda. Confesóse á su padre, y de común acuerdo resolvieron el matrimonio, sin que la joven, sumisa y cariñosa, aunque tal vez menos amante que agradecida, opusiera obstáculo alguno. Sin embargo, Rodolfo no era hombre de aceptar una víctima, por más que ésta, incapaz de prever el porvenir, fuese en realidad feliz al sacrificarse voluntariamente. Comprendiendo á su prima mejor de lo que ella misma se conocía, había observado que la atraía el brillo de las fiestas mundanas, inconscientemente ávida de los triunfos que proporciona la hermosura secundada por el dinero. Lejos de sentirse contrariado por esta observación, pareciéronle muy naturales las inclinaciones de su amada, y, en consecuencia, propúsose no casarse hasta estar en situación de hacer efectivas las instintivas y aun no bien definidas ambiciones de la joven, creyendo que el mejor medio para acabar de interesar su corazón era presentar lucha á la fortuna, y después de encadenarla, ofrecer á aquélla su amor y sus riquezas. Por esta causa había aceptado proposiciones para una expedición lejana y llena de peligros, pero que le ofrecía, en caso de salir adelante, un brillantísimo porvenir.

Seis años había durado su ausencia, durante la cual muy raras veces pudo comunicarse con los que amaba, pero, al fin, regresaba vencedor, considerando un hecho sus preciadas ilusiones, pues el éxito pecuniario de la empresa, llevada á cabo, había sobrepasado las más atrevidas esperanzas. Y ahora, ante el suceso que tan bruscamente le revelaban ese nombre y esa fecha, en su terrible laconismo de inscripción mortuoria, experimentaba la penosa impresión del derrumbamiento de una parte del edificio ideal de su felicidad. Jamás había imaginado el cuadro de su dicha futura sin colocar en primer término la noble figura de su padre, ni comprendido á sus hijos pequeños de una manera más tierna que en las rodillas del abuelo.



Ya no serían un anciano bondadoso y una joven risueña los que le tenderían los brazos para recibirlo, sino una mujer llorosa y enlutada, que se arrojaría sobre su pecho exclamando: —¡Pobre tío! — El pensamiento de que Lucía lo aguardaba desvalida y ávida de cariño, hízole vencer la postración física que le había originado tan doloroso golpe, y abandonando la necrópolis dirigióse á tomar el trenvía para llegar cuanto antes á su antigua morada.

Cuando descendió del vehículo ocurrióselo por primera vez una duda naturalísima y en sumo grado angustiosa. ¿Viviría aun Lucía en la misma casa? ¿Cómo había atendido la pobre huérfana no ya al alquiler mensual sino á su propia subsistencia? ¿qué había sido de ella? Estas cuestiones, á las que no hallaba solución siquiera medianamente satisfactoria, causaban una aflicción más á su espíritu tan rudamente sacudido.

A los pocos minutos de camino encontróse delante de un edificio aislado, con un pequeño jardín al frente, cerrado por una verja de hierro. No era ya la alegre casita de otros tiempos, sino una propiedad descuidada, con las puertas cerradas, el frente sucio y el jardín sin flores. Aunque parecióle deshabitada, — tal era el silencio que reinaba en ella, — tocó la campana de la verja. Al poco rato abrióse la puerta de la casa, y la voz displicente de una mujerona vulgar preguntóle qué se le ofrecía.

— Señora — contestó Rodolfo, haciendo un esfuerzo para dominar la emoción, — he sabido la muerte de...

— ¡Ah, sí! — interrumpió la mujer, — del señor Valles, un viejo que vivió aquí. El pobre se murió de un ataque fulminante, sin tener un cristiano que le cerrara los ojos, porque la sobrina no estaba con él ese día, y el hijo es un gandul que anda por esos mundos corriendo la tuna.

A la innoble mujer no se le ocurrió que el desconocido pálido y triste que hablaba con ella podía ser ese hijo á quien ofendía tan gratuitamente; pero Rodolfo, demasiado conmovido para indignarse, no hizo alto en el concepto que le merecía á su interlocutora, y preguntó, con voz más temblorosa aun:

—Dispénseme, señora, pero ¿podría decirme dónde se halla Lucía, la sobrina...

—¡Oh! Lo que es á esa no le ha ido tan mal; después que murió el viejo se fué á vivir con una familia muy rica, que era donde estaba cuando pasó la desgracia, y hace poco se casó con el mozo de la casa, uno que se recibió de doctor.

Rodolfo no preguntó más. Intensamente pálido, balbuceó algunas palabras y se alejó de allí.

¡Lucía casada! Esto era la consumación del desastre de las ilusiones que lo habían sostenido en los años de lucha, haciéndolo fuerte contra los peligros y las contrariedades. Al llegar al puerto encontrábase abandonado, con aquella fortuna que tanto anhelaba y que ahora le parecía un sarcasmo, viendo desvanecerse como humo le felicidad soñada, sin dejar otro rastro que tristes recuerdos, tizones candentes que le abrasaban el alma.

Sin fuerzas para seguir andando, sentóse en una piedra del solitario camino. A su frente, semi-oculta por una ondulación del terreno, extendíase la ciudad, sobre un fondo rojo de arreboles tras los cuales descendía el sol. Más arriba, vapores espesos, fuertemente dorados, afectaban las formas caprichosas de llamas de una inmensa hoguera, despidiendo reflejos que daban á la bóveda entera un tinte amarillento. El espectáculo correspondía al estado de su espíritu. ¡Roma incendiada resplandecía en el horizonte!

Esa explosión de luces solares, que le ofrecía la trágica ficción de una ciudad ardiendo, antojósele una realidad, y experimentó la angustiosa sensación de hallarse solo en la tierra, respetado por una catástrofe apocalíptica para sufrir eternamente su horrible dolor.

Al fin, después de permanecer un gran rato